



Segundo Premio
del
Segundo Certamen Literario
de
Cuentos Gastronómicos

Calabazas dulces para Hasan

Natalia Macías Román

Naan con comino negro

A medianoche comienza a llover y Hamida ya no puede dormir. Se levanta sigilosa para no despertar a su esposo Ibrahim y se asoma al patio para ver caer las gotas de lluvia sobre el suelo seco. Al principio una bofetada de perfume terroso le golpea la cara saturando sus fosas nasales, luego la tierra se empapa y el relajante aroma del agua lo inunda todo.

Tras varias horas observando el aguacero entra en la cocina y coge el tarro de la harina. Sobre la mesa tiene ya preparada la levadura, el azúcar, el agua, el aceite de maíz y la sal. Lo dejó todo así anoche, antes de irse a dormir.

Cada día desde que se casó dispone los ingredientes para elaborar el pan diario, así lo primero que hace cuando se levanta es la masa. Hoy se anticipa, aún no ha amanecido y ya tiene las manos impregnadas de la mezcla. El tacto blando y suave le recuerda a su madre, es extraño pero sólo la evoca cuando fabrica el naan¹, es entonces cuando puede rememorar su rostro y su pelo negro y brillante cayéndole sobre la espalda.

Tras hacer una enorme pelota la tapa con un trapo de algodón indio para que repose y va a la habitación a ver cómo se encuentra su esposo. Éste duerme profundamente, unos leves ronquidos amortiguan el sonido de la lluvia en el tejado de chapa. Le preocupa que vaya a buscar a Hasan con este tiempo hasta la ciudad, ya es mayor y puede coger una pulmonía. En cuanto amanezca irá a pedirle a la vecina su paraguas nuevo, así lo protegerá más. Todo el verano sin llover y justo hoy empieza, parece como si su hijo la llevase pegada a él.

Una hora y media después la masa ya ha crecido más del doble. Hace cinco pequeñas bolitas y las extiende sobre la mesa dándole forma rectangular. Le añade comino negro y le da brillo con un huevo, sin duda este día es especial y por lo tanto requiere un pan maravilloso.

Deposita sobre una bandeja metálica las cinco piezas y se pone un burka celeste para salir a la calle. Empieza a amanecer y el horno de Ismail lleva ya varias horas funcionando. Irá a cocer el pan y luego le preparará a su marido un té con cardamomo para que tome algo caliente antes de marcharse.

Las calles están silenciosas a esa hora, únicamente interrumpido por los gallos y por el agua que no cesa chocando con todo lo que encuentra a su paso. Mientras se acerca al tandoor² de Ismail nota como flota el efluvio de la masa cociéndose. Al llegar siente un sofocante calor y ve al hombre sudando y con la piel negra de la ceniza del carbón.

- *Salam Ismail.*

- *Salam Hamida, ¿qué temprano vienes hoy?*

¹ Pan afgano.

² Horno que cocina con carbón vegetal típico de la zona de Asia Central.

La mujer se levanta el burka y le sonrío.

- *¿Traigo cinco piezas, me las puedes hacer ya?*

- *Claro, afirma y le quita las bandejas.*

Hamida observa cómo trabaja con manos expertas. Sabe que el horno tiene cientos de años, y que perteneció a su padre, que a su vez lo heredó del suyo y así año tras año hasta que se pierde en la memoria. Nadie en el pueblo cocina el naan como él. No tiene claro si es su capacidad para averiguar cuando está bien cocido o si es el carbón vegetal que utiliza o una mezcla de ambas cosas. Le gusta porque su madre venía aquí desde siempre y ella también lo hace, aunque tiene un tandoor más cerca de casa.

- *He oído que su hijo llega hoy. ¿Cuántos años hace que no lo ve?*

A Hamida le sorprende la pregunta y tarda en responder.

- *Siete años y medio.*

Ismail silba fascinado y añade:

- *Es mucho tiempo para que una madre no vea a su hijo. La guerra ha durado más de lo que todos esperábamos. Esos malditos soviéticos pensaban que nuestra tierra sería suya y se han topado con los mejores guerreros que hay en toda Asia. ¿Verdad?*

La madre no le contesta, ella no entiende de guerras, ni de política, ni de nada, lo único que sabe es que su hijo ha estado fuera durante muchos años y que cada día al despertar se preguntaba si estaría vivo o muerto.

- *Por eso ha hecho este pan tan especial ¿no? ¿También va a matar un cordero?*

- *No, le haré kadu nourane³* -contesta Hamida con apenas un susurro.

- *¿Va a dar a su hijo después de tanto tiempo calabaza dulce?*

³ Plato típico de Afganistán de calabaza dulce frita.

Se produce un silencio tenso entre los dos, fuera ya ha dejado de llover. Desde que se enteró que Hasan volvía a casa ha estado pensando qué podía hacerle de comer. Sí que pensó acudir a su hermano para que le prestase dinero para comprar un cordero y hacerle algún plato delicioso, pero apenas tienen medios para sobrevivir cada día. Ibrahim estuvo enfermo todo el invierno pasado y no pudo trabajar en el campo. ¿Por qué endeudarse por una maldita guerra? ¿Acaso no le dijo a su hijo que no fuese? ¿No le suplicó que se quedase con ellos, que buscase una buena mujer y se casase con ella? ¿Y si hubiese muerto? O pero aún ¿y si se hubiese quedado como el hijo de Meriem, en una cama postrado haciéndoselo todo encima? ¿Quién lo cuidaría cuando ellos muriesen?

Los ojos de Hamida se llenan de lágrimas y traga saliva para no llorar. Recoge los panes que le tiende Ismail y los pone en su bandeja, tapa las piezas cuidadosamente con el paño y se baja el burka. Deja entonces que una lágrima le corra por la mejilla.

- *Verdaderamente sus naan son los mejores de esta aldea* -intenta que lo perdone el panadero.

- *Sí.* - contesta y se aleja con pasos rápidos por el callejón.

Kadu Bourane para Hasan

Al entrar en casa deja la bandeja sobre la mesa de la cocina y mira hacia el dormitorio para ver si su esposo ya se ha despertado. Ibrahim fuma un cigarrillo en la cama y sonrío a su mujer cuando la ve aparecer.

- *Has ido muy temprano hoy a hornear* -afirma mientras expulsa el humo del tabaco.

- *Sí, no podía dormir y decidí adelantar trabajo. Te prepararé un té.*

Hamida hierve agua y le añade dos cucharadas de té negro y un poco de cardamomo. Lo deja reposar unos minutos y lo sirve en un vaso de cristal rallado y opaco. Le pone tres cucharadas de azúcar, tal y cómo sabe que le gusta y se lo lleva al cuarto. Ibrahim ya se ha vestido y se está fumando otro cigarrillo.

- *Ahora no llueve, pero voy a ir a pedirle el paraguas nuevo a Meriem para que te lo lleves, no quiero que caigas enfermo* -le explica mientras le da la bebida humeante.

- *Volveremos a eso del mediodía si todo sale bien y el autobús de Hasan no se retrasa. Tal vez vayamos a ver a mi hermano ya que estamos en la ciudad* -a continuación sorbe ruidosamente el aromático té.

- *No os entretengáis, quiero hacer una comida especial, hay una hermosa calabaza en el huerto y voy a ir al mercado a comprar crema agria* -dice Hamida mientras le pone el abrigo.

En el vano de la puerta ve alejarse a su marido envuelto en una nube de humo. Visto así parece enfermo y viejo, no se había dado cuenta de lo delgado que está, el abrigo le queda grande y parece tres tallas mayor. De nuevo siente un nudo en la garganta.

Tras dejar la casa limpia, se vuelve a poner el burka y se encamina hacia el mercado. Hay un bullicio incesante en torno a los puestos y una mezcla de fragancias que en ocasiones marea. Pasa de largo los tenderetes de carne repletos de cabezas de cordero y patas ahumadas. También tienen pollos vivos que degüellan en el mismo instante de la compra para que se lo lleven frescos a casa los clientes. Tras avanzar con dificultad entre la multitud y saltar los charcos que se han ido formando durante la noche, Hamida llega al puesto del lechero y compra medio litro de crema agria. Luego consigue unas hojas de menta y se aparta del mercado para iniciar el camino a su hogar. Al llegar siente como las tripas le rugen y se da cuenta que no ha bebido ni comido nada desde anoche. Se prepara un té y corta un poco del pan que aún está caliente. Lo come despacio y piensa que a partir de hoy, cuando su hijo esté en casa, todo será mejor y ella volverá a dormir tranquila. Desea que no haya cambiado mucho, que siga teniendo esa risa y esa vida en sus ojos, anhela que la guerra no haya acabado con su alma, como ha hecho con muchos otros que ella conoce. Claro que si su Hasan es puro nada ni nadie podrán destruirlo.

Se limpia la boca con la mano y se dirige al huerto que está a escasos metros de la parte trasera de la casa. Escondida entre varios matorrales yace una hermosa calabaza de unos cuatro kilos. La coge y acaricia su superficie con mimo. Una vez en la cocina la pela, la corta en trozos medianos y le añade

pimienta, azafrán, coriandro, cilantro y un poco de menta. La dejará macerar un par de horas para que coja el sabor de las especias.

Mientras, se asoma al vano de la puerta, esperando ver a alguien en el horizonte, comienza a ponerse nerviosa y la ansiedad la embarga. Nota el corazón palparle rápido y un leve zumbido le atraviesa los oídos.

En la cocina ya ha puesto a calentar el aceite de maíz para freír la calabaza. Cuando está muy caliente las echa poco a poco y las saca un poco doradas. Encuentra en la despensa un bonito plato olvidado con adornos florales para poner la comida.

Bate la crema agria y le añade menta picada. Cuando lleguen regará la calabaza con esta salsa. Piensa en cocer un poco de arroz y servirlo al lado de la calabaza, le pondrá un poco de pimentón dulce y así cogerá color. Pero prefiere esperar, si lo hace demasiado pronto se pasará y es mejor comerlo recién hecho.

De nuevo sale al quicio de la casa y observa la lejanía. La lluvia ha vuelto hace unos minutos y unos imponentes truenos cruzan el cielo, la tarde comienza a ponerse oscura y Hamida se preocupa. Ya deberían haber llegado, el camino hacia Kabul no ocupa más de un par de horas y su marido le prometió que no se entretendrían en casa de su hermano.

Vuelve a la cocina y se calienta otro té, lo bebe a pequeños sorbos y percibe como se le amarga en la boca. Da una arcada y sale al patio a vomitar, tiene calambres en el estómago y cada vez tiene más dificultades en respirar.

Se encamina de nuevo hacia la puerta, una cortina de agua le impide ver más allá de cien metros, se aparta el pelo mojado de la cara y se da cuenta que está llorando. Permanece sin moverse mientras se empapa durante media hora. Siente un escalofrío que le recorre toda la columna vertebral y entonces aparecen, allá a lo lejos, dos figuras masculinas bajo un enorme paraguas nuevo. Corre a la cocina y pone a hervir el arroz. ¡Su Hasan ha vuelto y ella le ha preparado calabazas dulces!
